



Nuestros viejos Cristos

## El Señor de Tacoronte

Como el Señor de La Laguna, el de Tacoronte está rodeado de piadosas leyendas y hermosas tradiciones. Núñez de la Peña afirma que en la capilla del Palacio Real existe un Cristo igual al que se venera en el convento de Tacoronte; pero sin afirmar que sea una réplica de aquél o si difiere en el conjunto, y sin añadir tampoco ningún otro dato que pueda servirnos de guía, si bien es de presumir sea una copia de aquel. Tampoco se le ha dedicado una obra consignando sus milagros, como lo hizo Quirós con el de La Laguna y Espinosa con la Virgen de Candelaria, donde pudiera estudiarse la historia del convento, sus vicisitudes y demás datos siempre interesantes para la historia.

Del examen de la escultura se deduce que el Cristo de Tacoronte pertenece, sin duda alguna, a la segunda mitad del siglo XVII o principio del XVIII, creyendo que por esta afirmación no se amengua en nada la virtud de la imagen, ya que es creencia muy arraigada que la mayor antigüedad de una imagen le presta mayor veneración.

El arte sufrió en la segunda mitad del siglo XVII una notable innovación en los tipos religiosos de las imágenes, introduciéndose nuevos y desconocidos hasta aquella época, caracterizándose por dos tendencias bien determinadas: el *efectismo* y el *simbolismo*. La primera representaba el arrebato y el éxtasis, las efusiones del sentimentalismo y las torturas físicas de los mártires y del Señor; Jesucristo y la Virgen aparecen esculpidos o pintados con los ojos dolorosamente levantados hacia el cielo expresando su dolor resignado, cruento. El mejor representante de esa innovación lo tenemos en el Señor de las Tribulaciones que se venera en la iglesia de San Francisco de nuestra Capital.

De la tendencia simbólica, se deriva el Cristo que estudiamos, que rompe con la clásica tradición. Durante un milenario y aún más, al Hombre-Dios se le representó clavado en la cruz agonizando; al Cristo de Tacoronte se le ha dado otra significación. Jesús aparece de

pié, abrazado a la cruz, mirando al cielo, y a sus plantas una calavera y el dragón o serpiente, que lleva una manzana en la boca.

A nuestro entender, la interpretación de ese símbolo es la de Cristo triunfante de la muerte y recuerdos del pasado, representados por la calavera y la serpiente, después de morir en la Cruz por la salvación de los hombres redimiendo así a toda la humanidad. Sublime concepción, inmortalizada por el artista en el Cristo de Tacoronte que no estaría al alcance de todos los fieles, pero que fué una innovación del agrado de la época.

La denominación de *Cristo de los Dolores*, parece que también conviene con lo que hemos expuesto, pero no en el sentido vulgar que se le asigna a esta palabra, debiendo traducirse como la del vencedor del Dolor, del dolor de morir eternamente, sin otra vida ultraterrena de consuelo y de bienes espirituales, borrando además del cristiano el pecado original que los libros sagrados predicen sería redimido de la humanidad por el Hombre Dios, aplastando para siempre la serpiente.

Por lo que respecta a la escuela, decididamente afirmamos que pertenece a la sevillana o murciana, inclinándome sea de la primera, ya que la sevillana es la que más acentúa la nota de realismo en el siglo XVII.

En general, la escultura española toma un carácter tal de realismo, y de verdad, que hace que el pueblo no las mire como obras de arte, sino como seres reales e individuales, llegando casi hasta al olvido de la personalidad religiosa representada en la imagen para no ser sino la imagen misma, procurando, por todos los medios posibles, que así fuera y acudiendo los artistas a todos los recursos para conseguirlo y complacer al pueblo.

Y esto fué así porque nuestro temperamento ha sido siempre un eterno enamorado de la realidad, pero de la realidad tangible más que de la espiritual, porque ha querido ser siempre la naturaleza en sus formas verdaderas y ha deseado apropiárselas para realizar sus obras artísticas que se han dirigido principalmente a darnos la sensación más completa de la verdad, y en la interpretación de ese realismo o, si se quiere, materialismo, mezclado con un espiritualismo rayado en fanatismo, la escuela sevillana alcanza su mayor importancia y despliega su mayor perfección en sus tipos y caracteres sin rival en toda la Península.

Y en efecto: El escultor sabía que sus imágenes eran para el pueblo que no entendía, ni quería entender, de refinamientos; lo neces-

rio, lo indispensable, era el impresionar enérgicamente los sentidos, ofreciendo todos los rasgos peculiares a un ser humano, que sus ojos, sus cabellos, su rostro no fueran una expresión escultórica de la realidad, sino imitación servil de ésta, como se observa en el Cristo de Tacoronte que dá una sensación plena de lo real, vibrante y sólida. ¡Magnífico estudio y hermosa apoteosis de la carne macerada y sangrante!

Y el pueblo a la vista de una escultura semejante, crea sus leyendas y consejas, impresionado y conmovido, diciéndose que apenas el Cristo hubo recibido la última cinceladura, la imagen interrogó al artista, diciéndole: «¿Dónde me viste, que tan bien me has retratado?» a cuya voz el escultor cayó muerto en el taller, tradición que demuestra el agrado de las muchedumbres a la realidad por muy fuerte que sea, excluyendo el idealismo de los imagineros góticos y románicos.

Desde el punto de vista anatómico, el Cristo de Tacoronte no es una obra completamente perfecta; así el rostro es maravilloso por su acabada ejecución, pero las piernas, los brazos y la espalda parece que están modelados por otra mano, caso muy frecuente en los talleres de la época donde el maestro encargaba a sus discípulos la terminación de la obra, después de ejecutar lo principal; y a tanto llegó esa costumbre que un poco más tarde, en el siglo XVIII, se suprimió por completo el cuerpo en las imágenes llamadas de vestir, esculpiéndose tan sólo las partes visibles, cabeza, pies y manos.

Si comparamos el Cristo de Tacoronte con el de La Laguna, se nota al momento la diferencia de escuela; ausencia del elemento clásico elaborado en Italia, en el de Tacoronte, y preponderante en el de La Laguna, y en éste la falta del realismo de la escuela española; el uno habla al pueblo recordándole sus dolores físicos, el otro es el Cristo del Gólgota perdonando como un iluminado todos sus extravíos.

## B. BONNET.

Ldo. en Filosofía y Letras.  
(Sección de Historia).

Nota: En el antiguo solar de la Ermita de San Sebastián, fué fundado el convento agustino de Tacoronte, cuya iglesia edificaron, en gran parte, los Regidores y Capitanes don Diego Pereira de Castro y su sobrino don Diego Pereira de Castro Ayala, cuyo patronato obtuvieron mediante escritura pública otorgada el 1.º de Febrero de 1662 y en ella colocaron por entonces el Santo Cristo de los Dolores y Agonía, milagrosa Imagen a que se refiere nuestro culto colaborador, e imitación de la que se venera en la capilla de los Terceros de la Iglesia de San Francisco el Grande, de la Villa y Corte. Todavía campean en el frontón de la puerta mayor de la expresada iglesia conventual, las armas de los piadosos fundadores.